

BOLETÍN

DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA.

La INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA es completamente ajena á todo espíritu é interés de comunión religiosa, escuela filosófica ó partido político; proclamando tan solo el principio de la libertad é inviolabilidad de la ciencia, y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto de cualquiera otra autoridad que la de la propia conciencia del Profesor, único responsable de sus doctrinas.—(Art. 15 de los Estatutos.)

Hotel de la Institución.—Paseo del Obelisco, 8.

El BOLETÍN, órgano oficial de la Institución, publicación científica, literaria, pedagógica y de cultura general, es la más barata de las revistas españolas, y aspira á ser la más variada.—Suscripción anual: para el público, 10 pesetas; para los accionistas, 5.—Extranjero y América, 20.—Número suelto, 0,50. Se publica dos veces al mes.

Pago, en libranzas de fácil cobro. Si la Institución gira á los suscriptores, recarga una peseta al importe de la suscripción.—Véase siempre la «Correspondencia».

AÑO XIII.

MADRID 15 DE NOVIEMBRE DE 1889.

NÚM. 306.

ADVERTENCIA.

Se suplica á los señores suscriptores de provincias, remitan á la Secretaria de la INSTITUCIÓN (Paseo del Obelisco, 8) el importe del renuevo de su suscripción, con lo cual facilitan la contabilidad evitando el recargo acordado para los giros. Se acusa recibo de los pagos por medio del BOLETÍN.

Los señores suscritores de Madrid pueden abonar el año entrante á partir del 15 de Noviembre, en la Secretaria de 2 á 5 de la tarde.

SUMARIO.

PEDAGOGÍA.

La educación del obrero como base de su influencia política, por D. A. Posada.—Por vía de prólogo, por don F. Giner.

ENCICLOPEDIA.

El último concurso belga de ciencias filosóficas.—Influencia de la alimentación de los niños en su mortalidad, por A.

INSTITUCIÓN.

Trabajos de los alumnos.—Conversaciones pedagógicas en la Institución.—Noticia.—Libros recibidos.

PEDAGOGÍA.

LA EDUCACIÓN DEL OBRERO

COMO BASE DE SU INFLUENCIA POLÍTICA (I)

por D. Adolfo Posada,

Catedrático de Derecho en la Univ. de Oviedo.

(Conclusión.)

IV.

Pero todo cuanto queda dicho no abarca más que un aspecto de la cuestión. Puede decirse que los elementos enumerados para ayu-

dar al mejoramiento del obrero, á fin de que pueda este educarse, y una vez educado alcanzar la influencia política y social que le es debida, son *exteriores*. En ello solo pueden encontrarse condiciones que, prestadas de buena fe, proporcionan una parte del medio necesario; pero no más. El obrero así resulta como el sujeto pasivo de la relación jurídica que entre él y la sociedad existe. Cuanto por deber y por egoísmo hacen la sociedad y el Estado, y las clases acomodadas, por mucho que ello sea, nunca pasa de una prestación que puede quedar reducida á la nada, si el obrero no la aprovecha empleando su propio é individual esfuerzo. Hay que notar que en la participación reclamada por la clase obrera en el Estado y en los beneficios y goces de la civilización moderna, si la sociedad, por espíritu de justicia, y aun por previsión egoísta, ha de procurar que ese nuevo elemento, esa nueva fuerza que á la vida consciente viene, llegue educada y formada en la reflexión y en el derecho, de suerte que no sea un elemento perturbador sino cooperador, las clases trabajadoras por su parte están en el deber de aprovechar cuidadosamente todos cuantos medios se les proporcione. Además de que su egoísmo también tiene que hacerle ver claro que sólo elevándose y regenerándose puede su acción ejercer la influencia que al fin les corresponde y reclaman, hasta el punto de que, sin esa regeneración, ni reclamarla sabría. En una palabra, á todos conviene que la vida social pierda cada vez más su carácter violento, que cuantos en ella existen no sean entre sí enemigos declarados, y que la *lucha por la existencia*, ley del desenvolvimiento en la naturaleza animada, se suavice y deje su carácter rudo y bárbaro, convirtiéndose en la asociación y en la cooperación del hombre para luchar con la naturaleza á fin de dominarla de mejor manera cada día.

Por todo lo cual, puede afirmarse, que en el problema de la educación del obrero, si mucho pueden hacer todos, quien más puede y debe hacer, es el obrero mismo.

Pero aquí surge una cuestión que, aunque

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.

muy á la ligera, conviene tratar para que nos entendamos. La educación del obrero debe consistir en su elevación, en su regeneración, en su mejoramiento. Ahora bien; tratándose del obrero manual ¿qué es mejorar? ¿qué debe entenderse por regenerarle? ¿cuál, en fin, debe ser el ideal que en el fondo se persiga con la educación? Ya un ilustre escritor norteamericano, Channing, hace bastante tiempo que planteaba esta cuestión, harto mal resuelta por los prejuicios populares, todavía muy corrientes. Y, cuenta, que gran parte de los extravíos por donde se pierden muchos, se originan en la falta de orientación en este punto. Bástanos recordar que para no pocas gentes la prosperidad del obrero consiste en dejar de ser obrero, en *elevarse* á la condición de *señor*. Pues bien, para que de una vez estemos de acuerdo, he de deciros, copiando unas hermosísimas palabras del autor citado, que la prosperidad, la regeneración, el mejoramiento, el misterio de la relativa felicidad del obrero no está «en el cambio de condición exterior, ni en librarse del trabajo, ni en la lucha por alcanzar un rango distinto más elevado, ni en el goce del poder político: está en otra cosa mucho más profunda y más grande... en la elevación interior del alma». A pesar del trascurso de los tiempos, aún vive entre cierta gente ese error, disculpable en la antigüedad, pero que hoy debemos desterrar á todo trance; ese error consiste en considerar las profesiones manuales, aquellas que requieren un esfuerzo muscular, como poco dignas. ¿Habrá nada más opuesto á la naturaleza de las cosas? El trabajo manual no sólo no es indigno, sino que en opinión del inmortal autor del *Emilio*, de Rousseau, todos los hombres, cualquiera que sea el estado civil que profesemos, debemos mezclar en cierta medida el trabajo manual con nuestras ocupaciones ordinarias. Las corrientes reinantes en la pedagogía moderna, sabido es que no aconsejan otra cosa; y ajustándose á ellas en muchas naciones civilizadas, como Inglaterra, Bélgica, Francia y en la misma España, no es raro ver formando parte de los programas de las escuelas primarias, al lado de la historia, de la gramática y de otras materias por el estilo, el trabajo manual, no sólo como objeto directo de enseñanza, ó sea, como base de aprendizaje, sino también como elemento educativo necesario.

Por otra parte, en las sociedades modernas, merced á las influencias que al principio de mi discurso indicaba, las cualidades y el mérito personal asignan á cada uno su posición verdadera. No hay en rigor clases, ó no debe haberlas, cerradas y circunscritas; cada individuo, con su valer propio, con sus condiciones, se labra su posición social. Tengan en cuenta además que ese ideal del hombre que la moral exige, que la sociedad al fin y al cabo venera, del hombre honrado, cristiano en el

fondo, de buen corazón, enérgico, fuerte, valeroso, digno, que no va más allá de su derecho, buen esposo, buen padre, ciudadano sin ambiciones violentas, aunque con aspiraciones nobles, que se levante, dado el caso, como indomable obstáculo ante el vicio, ante la ilegalidad... ese ideal del hombre, repito, no es patrimonio de clase alguna: lo mismo puede aparecer sentado en el trono ciñendo brillante corona, que en los talleres empuñando la herramienta. Es obra personal, que corresponde privadamente al individuo en gran parte, la de la regeneración moral y por ende la regeneración y la educación en todos sus aspectos y esferas. Como que al fin la grandeza mayor que el hombre puede lograr, la más alta dignidad á que puede subir, es á la de *autor* y *director* reflexivo de su propia vida, y esto es sin duda el negocio de orden más privado que pudiéramos imaginar.

Lo que hay es que, si el obrero se abandona, y aunque los tenga á mano no hace uso de ciertos medios adecuados para su educación interior, la índole esencialmente mecánica de su ocupación manual, la vida en cierto modo apurada y monótona del taller, le llevan con facilidad suma á la miseria moral y al rebajamiento. Por eso es preciso que los obreros se penetren de la grandiosa utilidad que reporta, á los que viven del trabajo manual, el ejercicio de sus facultades intelectuales para instruirse y completar su educación, así como para romper la monotonía de la vida. Pero del mismo modo que el hombre de estudio, el que profesa la ciencia, precisa periódicamente moverse y agitar su cuerpo, y buscar en la gimnasia, ó en cualquier ocupación mecánica, una compensación al continuo trabajo de gabinete, así el obrero, hasta por solaz y recreo, debe acudir á las escuelas buscando en los libros, y en la amable y discreta compañía de los maestros, un estímulo á sus dormidas facultades, una gimnasia para el espíritu, necesariamente perezoso y enmohecido en el abandono. El gran misterio de la vida está en saber guardar el equilibrio inevitable en que al fin consiste. Cuando por virtud de la posición social, de vicios psicológicos, ó por cualquiera otra causa más ó menos discernible, semejante equilibrio se rompe, prodúcese sin remedio alguna catástrofe, cuyas consecuencias se recogen á la corta ó á la larga. Observad si no el significado magnífico de las palabras con que queremos expresar las ideas fundamentales de la vida humana y los conceptos de perfección en todo lo que al hombre se refiere; notad lo que desde luego queremos decir cuando hablamos de la belleza, de la verdad, del derecho, del bien... Siempre va implícito en esto un principio ordenador, de equilibrio, de sistema. Y notad también que, al no determinar especialmente el contenido de cada uno de esos conceptos, sino al referirnos en síntesis

sis y en conjunto á todos, hablando de la elevación del hombre en todos sus aspectos y en todas las direcciones de su conducta, no podemos concebir las unas afirmadas y negadas ó desconocidas las otras: porque donde cualquiera de ellas no puede aplicarse, existe necesariamente una desarmonía, una imperfección, un desequilibrio. Es un signo admirable de los tiempos, esa tendencia salvadora de la pedagogía moderna, que va contra todo exclusivismo, que condena las exageraciones peligrosas y que tan imperfecto considera al ser que descuidando al cuerpo no atiende más que al cultivo del espíritu, como al que solo atiende á desenvolver la potencia física y mecánica de su organismo fisiológico.

La ilustración, por otra parte, además de proporcionar al trabajador la necesaria compensación, dadas sus habituales ocupaciones, es el camino más seguro para que, sin dejar ni despreciar su estado, antes bien concibiéndolo mejor, se dignifique y eleve. Cuando se trabaja en una obra mecánica, no acompaña al esfuerzo físico la inteligencia y la dirección en cierto modo reflexiva: el hombre es solo una máquina ciega; mientras que cuando en el obrero se han despertado, por la instrucción y por el estudio, en el roce y comercio con los maestros intelectuales, los dormidos instintos de belleza, de bondad, de arte y cuantos en potencia tiene en su espíritu, el trabajo se dignifica por sí mismo, y el obrero aunque esté ocupado en la tarea más modesta y menos ideal, conserva y mantiene en su conciencia de un modo adecuado la cualidad elevada de facultad activa, de ser moral é inteligente, que sabe lo que hace y cómo y por qué lo hace. El hombre, cualquiera que sea su posición social, por alta que los prejuicios y los convencionalismos coloquen la función que desempeña, puede ser indigno y convertirse en un ente perfectamente despreciable y bajo. Figuráosle viviendo en los más suntuosos palacios, en medio de las más ideales obras del arte bello, aprovechándose de cuanto refinamiento ha producido nuestra exquisita civilización: pues, con todo eso, puede latir en su pecho un corazón menos artista y tener un alma más vulgar que la de un obrero cualquiera, que habiendo sabido establecer cierto orden en la vida y procurando instruirse en la medida de su fuerza y de sus medios, sabe apreciar el valor de una buena acción, la dignidad del trabajo material y la belleza de un hogar limpio y honrado. Ahora bien, señores, ¿cómo ha de ser el ideal del obrero trocar su posición estrecha, si se quiere, por la del ocioso, la del holgazán y la del rico, que vive en el placer y en la disipación? Si la prosperidad consiste más que en nada, en la *felicidad interior*, bien claro está que no se cobija esta necesariamente en los salones y en las llamadas altas

clases; antes bien, no consistiendo la miseria solo en no tener dinero, sino en la falta de muchas cosas más, hay miseria para todos. Por eso cuando los trabajadores gimen bajo el azote de una huelga forzosa, de una falta de medios, asoladora, acaso puede afirmarse que no es su miseria, con ser tan terrible, la más honda y profunda en la humanidad. No! tan miserables, por lo menos, son los que uncidos al carro de su desdicha, tienen que ganar el pan con el trabajo del espíritu, sin libertad ni tiempo para atender al cuidado de su cuerpo; y más miserables son todavía esos seres raquíticos, descendientes de cien generaciones de ociosos y de vagos, aunque descansan muellemente sobre blandos almohadones de suavísima pluma. Y aún lo son más que todos, los que tienen la miseria en el alma: aquellos á quienes, usando la frase del Evangelio, pudiérase llamar *sepulcros blanqueados*. Los que hayan leído *Los Rougon Macquart*, de Emilio Zola, podrán encontrar argumentos vivificados por el arte en pro de cuanto queda dicho. En esa colección de magníficas novelas, cada clase de la sociedad tiene la suya. Pues bien; yo me atrevo á proponer que se compare á *Nana*, donde se describe las costumbres refinadas de cierta aristocracia, con el *Assommoir* y *Germinal*, en las que aparece el pueblo ó más bien, las clases trabajadoras; y luego que se me diga en cual de ellas hay más miseria... Acaso, acaso, en este punto pudiéramos afirmar con justicia que, por lo que toca á miseria, en todas hay bastante, pero la impresión que producen las miserias diferentes es muy distinta. La miseria de las clases trabajadoras, en *Germinal*, por ejemplo, causada á veces por la impotencia, porque no hay otro camino, inspira lástima; mientras que la miseria refinada, en *Nana*, inspira asco y hasta sin poderlo remediar, desprecio y horror.

Serán lugares comunes, si queréis, lo de que la felicidad no es patrimonio del rico, y que la desgracia en todos puede darse, que nadie está satisfecho y que la ambición nos lleva á hacer locuras; pero á ellos me atengo y á ellos deben atenderse todos, cuando de definir la prosperidad se trata.

V.

Observo, señores, que el discurso se alarga más de lo que conviene. Voy á terminar, pues, atando los cabos sueltos que me quedan, con deciros cómo creo yo ahora que la educación y la elevación moral del obrero constituyen la base fundamental de su importancia política.

En el Estado, en ese gran centro donde se prepara y fermenta tanta vida y tanta prosperidad, cada cual influye según lo que vale, y ya queda indicado lo que eso de valer sig-

nifica. Si las clases acomodadas ansían el orden y quieren prever los trastornos sociales de cierta índole, á mano tienen un medio eficazísimo, educando al desheredado de la fortuna, á fin de que cese en su actitud de protesta violenta. Si por su parte el obrero quiere ser atendido y ansía llegar al puesto que le corresponde, en la dignificación interior del alma, en la interna elevación de su carácter moral, encuentra la fuerza incontrastable de su influencia. Nada hay más funesto para todos, que la constitución de agrupaciones *políticas* por razones de oposición y de antipatía social. Ahora bien, á la formación de esas agrupaciones, que suelen llamarse partidos obreros, con programas egoístas y disolventes, contribuyen no poco la ignorancia en que se deja vivir á clases tan necesarias en la sociedad como la clase trabajadora, y el desvío con que un estúpido orgullo y una mal entendida educación suelen tratarla. La organización de semejantes agrupaciones es anárquica siempre, porque no persiguen nunca un fin político, no se inspiran en el bien del Estado, sino que procuran tan solo la satisfacción de las aspiraciones parciales de una clase á costa de las otras, que claro está no han de dejarse dominar, llegado el caso de una lucha. Hay, sin duda, en todo esto, además de la incuria, del descuido y de otros mil defectos por el estilo, una torcida manera de entender las cosas. A saber: unos olvidan que el obrero, por serlo, no deja de ser hombre, y como tal, es un elemento vivo, de orden, necesario en el Estado; y otros, es decir, el obrero mismo, suele olvidar también que es hombre, además de ser obrero, y por tanto, que su posición y su profesión exigen de él un género de vida especial; esto no obsta para que, por encima de los prejuicios de clase, salgan y broten los instintos fundamentalmente humanos; aparte de que, al reclamar su posición en el Estado, si muchas razones hay para reconocerle alguna, atendiendo á su profesión particular, la principal de todas está en su condición racional humana. En una palabra, así como cuando se habla de religión, no es propio hablar de una religión de los obreros ó de los aristócratas, porque al fin Dios es el mismo para todos los seres, así al hablar del Estado, no puede hablarse más que del Estado humano, puesto que el derecho es el mismo en el fondo de la conciencia racional. Esto, sin perjuicio de que en un caso como en otro la condición de cada cual se refleja en la manera de concebir las cosas y de producirse en relación con ellas. ¿Qué sirve, además, podríamos decir á los obreros, que se les reconocan derechos y se les ofrezcan garantías? Todo ello nada vale, porque lo principal está en la conducta, en la práctica de la vida diaria; así vemos todos los días, que solo el que es capaz moralmente sabe hacer valer esos

derechos y logra hacer efectivas esas garantías. La independencia de carácter, la virilidad interior, el no torcerse, sino romperse, llegado el caso, ante las imposiciones y travesuras de los vividores políticos, son las condiciones exigidas para influir en el Estado, y todo ello es obra muy principal, como acabais de oír, de la educación. Permaneciendo en la ignorancia, no cuidándose del espíritu, pasando por el mundo como el bruto, preocupado tan solo de su animalidad, podrán las clases numerosas imponerse por lo que supone su poder material, pero ¿qué se habrá logrado con eso? Acaso sumar un elemento perturbador, que hará pagar á la descuidada sociedad su incuria y su pereza, ó bien nada real y efectivo, porque las clases acomodadas, más duchos en el manejo del Estado, ya se las arreglarán para manejar á su antojo á los que, no estando en situación de apreciar lo que vale una cosa tan inmaterial como el derecho, lo enajenarán fácilmente. Ved si no lo que mil veces ha sucedido en muchos países con el ejercicio del sufragio universal!

Y termino. Claro es que no he agotado el tema de este discurso; pero sería abusar de vuestra benevolencia con exceso, si después de lo dicho insistiera más aún entreteniéndome vuestra atención. Creo que las ligeras y mal hiladas consideraciones que van hechas bastarán para poner de manifiesto la intensa y estrecha relación que hay entre la buena educación y la buena política; y ciñéndome más al asunto, espero haber demostrado de alguna manera cuánto concierne á todos el preocuparse seriamente con el estado moral de la clase trabajadora. Con esto, también entre otras cosas, habré alabado de un modo indirecto la grande obra que realiza la Escuela de Artes y Oficios ovetense, institución que, debida á la iniciativa privada, demuestra bien á las claras el buen espíritu que entre sus sostenedores reina. Réstame tan solo ahora, manifestaros mi reconocimiento por la benevolencia con que me habéis escuchado.

POR VÍA DE PRÓLOGO. (1)

Por el Profesor D. Francisco Giner,

Catedrático en la Universidad de Madrid.

Los artículos que siguen están tomados del BOLETÍN DE LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA y no son en realidad sino unas cuantas notas entresacadas de mis diarios, extracto de las observaciones, tanteos, ensayos, rectificacio-

(1) Prólogo del libro del autor, *Educación y Enseñanza*, que va á publicar próximamente la Biblioteca Andaluza (vol. 20.)

ciones, que mis compañeros y yo venimos haciendo trece años há en nuestra escuela, verdadero laboratorio y primera fuente de todas nuestras ideas pedagógicas. Esta preciosa experiencia, hemos tenido los más de entre nosotros ocasión de extenderla todavía, ora en las Universidades, ora en los Institutos, ora en las Escuelas Normales, ó en otras consagradas á la educación superior de la mujer, ora en varios órdenes de la enseñanza pública y privada. Y, como resultado del mutuo comercio constante de nuestras observaciones, impresiones é ideas, son las presentes notas, más bien que fruto de un trabajo individual y resumen de opiniones personales, expresión, en lo general de ellas, del espíritu común lentamente formado en el seno de la *Institución* y que hace de esta un cuerpo vivo, con un alma entregada por entero, en la corta medida de sus fuerzas y al par con otros elementos sociales, á estudiar los graves problemas que conciernen á la reforma de nuestra educación nacional.

Digo «reforma» y casi debería más bien decir «creación»: hasta tal punto nos hallamos distantes de haber entrado, en cuanto á la realidad y á lo interno, que no en la vana apariencia de leyes y decretos estériles, en el movimiento de los pueblos cultos; pese al falso patriotismo, ignorante, holgazán y bien avenido con nuestro miserable estado, por falta de amor y devoción al ideal y voluntaria incapacidad de alzar los ojos sobre el prado en que despunta la hierba. Porque una nación que, para no hablar sino de los términos extremos de la serie, mantiene Universidades como las nuestras, destinadas por ministerio de la ley—y aun por vocación interior—á repetir el catecismo de los malhadados exámenes; que tiene sus Normales por bajo del nivel á que intentó elevarlas hace cincuenta años la generosa ilusión de Montesino; escuelas primarias á cuyos maestros paga (mejor diría «debe») un salario inferior al del más harapiento bracero (1), y por supuesto al que les satisfacen, no ya Portugal nuestro hermano, sino los Estados del Danubio, mal puede tener otra política, ni otra ciencia, ni otra magistratura, ni otro clero, ni otra milicia, ni otra agricultura, ni otra industria, ni otros alcaldes, ni otros ingenieros, ni otro comercio, ni otra hacienda, ni otro profesorado, ni otra marina, ni otra policía, ni otra administración, ni otras costumbres, ni otro bienestar, ni otra civilización, que los que tiene: y gracias. Al residuo de naturaleza humana que providencialmente

aún nos queda, es solo al que debemos eso poco y malo que tenemos todavía.

Compramos el derecho de hablar de esta suerte á precio de todas nuestras energías, puestas con inquebrantable tesón al servicio y amor de la patria, por cuyo renacimiento casi nada hacemos; pero este «casi nada» es todo cuando podemos. En ello nos agotamos sin sacrificio y con honda alegría, predicando aun á los que no quieren oírnos; uniendo á la censura el remedio, hasta donde nos es dado conocerlo y decirlo; y á la teoría, el ejemplo constante, aunque lleno de dudas, arrepentimientos y fracasos, por la escasez de nuestras fuerzas de todas clases; con que, cayendo y levantando, mostramos al menos voluntad perseverante de comprobar ó rectificar nuestra idea en la experiencia y á la vista de todos. Alejados de la política, donde es nuestra creencia que se malgastan grandes esfuerzos para resultados mínimos, estamos siempre prontos á dar, sin embargo, un consejo y ayudar á poner mano en las reformas gubernamentales, apenas por rara extravagancia de la suerte se juntan allá en las alturas un relámpago de buen sentido y una disposición benévola para nuestros ideales; persuadidos no obstante de que casi todo cuanto en este orden auxiliemos á levantar está condenado por largo tiempo á ser destruído, no bien el relámpago pasa y la corriente de la vulgaridad y de los lugares comunes recobra, comb es ley, su natural y hasta legítimo imperio; viéndolo derrumbarse con serenidad y sin ira, prontos á volver á la brecha, no bien nos la entreabra en sus veleidades la fortuna.

Todas las campañas de esta clase tienen sus obstáculos. Sin salir de la propia esfera en que luchamos, no solo nosotros, sino todos cuantos pugnan por sacar á la enseñanza de su actual desolación, basta acordarse del benemérito Montesino, con cuya obra fuera inmodestia comparar la de la *Institución* (salvo en la común tendencia y buen deseo) y á quien ya hoy ponen—en teoría—sobre el candelabro, queriendo darnos con su luz en rostro, aquellos mismos que cincuenta años há se empeñaban en ponerle el celemín por montera. Las ideas que han agotado su virtualidad, los organismos cadavéricos, los intereses seculares y hasta las preocupaciones de los antiguos sistemas, son otras tantas fuerzas resistentes cuyo rozamiento disminuye, por ministerio de la naturaleza, la velocidad con que los ideales devienen. Al servicio de estas fuerzas, por tantos estilos respetables y muchas de las cuales han prestado favor y beneficio (allá en sus días) á la cultura patria, se ponen también, como siempre, las pasiones de todas clases, generosas y abyectas: la noble ilusión de perpetuar el pasado; la codicia de acaparar siquiera lo presente; el amor á privilegios y formas ya inútiles, pero por tanto tiempo consustanciales

(1) Hay 800 maestros que tienen asignado un sueldo que no excede de 125 pesetas anuales. Entre ellos, los hay que perciben—cuando tienen esta suerte—10 céntimos diarios; y por último algunos carecen de sueldo, y son mantenidos por turno por los vecinos: después de todo, casi escapan mejor que los otros.



con nuestra vida; el sentimiento de la propia inferioridad y el despecho ante el desvío en que nos va dejando á la margen la historia; hasta la rebelión del esclavo, que no quiere ser libre... todo ello se junta aquí, como en todas partes, solo que á un nivel algo más bajo, como lo es nuestro estado intelectual y moral. Desdichado el que pierda, no ya en responder á la insolencia con la insolencia, sino en estériles disputas, el tiempo y las fuerzas de que todos hemos menester para nuestra obra: por desgracia, aun así son bien insuficientes. Las minorías—y todos cuantos quisieramos remover la educación nacional somos una minoría aún, y lo seremos largos años—no tienen por único deber investigar, censurar, ensayar, propagar; no solo han de ser perseverantes, incorruptibles y enérgicas, sino sufridas, mesuradas é indulgentes. Dejarse contagiarse por la pasión con que se revuelven las mayorías decrepitas; perder el respeto á cosas y personas, incluso á los hombres malignos ó poco sinceros, que harta desgracia tienen en su pecado y que por obrar así no dejan de ser hombres, ni de llevar el signo de Dios en la cara, sería proceder como el niño, que se irrita contra la piedra con que tropezó; como el maestro que atribula al niño porque se porta como tal; ó como el misionero que se encoge y lamenta de la rusticidad, pasión y malos tratos de las tribus salvajes, cuya humanización y cultura tiene precisamente él por ministerio.

La causa de la educación y la enseñanza está mal ahora entre nosotros, principalmente, porque el marasmo del siglo XVII y la revolución del XIX han interrumpido á porfía y casi por completo la evolución natural de sus institutos; y esta suspensión de desarrollo ha endurecido y semi-petrificado, cuando no destrozado y triturado, su organismo, privándole de la flexibilidad necesaria para adaptarse gradualmente á las actuales condiciones. De aquí la irritación de esos institutos, excusable en la crisis que hoy sufren: no quieren morir, ni transformarse, ni consentir la condensación de los nuevos centros de vida que engendra la necesidad, apenas comenzada á sentir, y de donde temen con sobrada razón que ha de venirles su mudanza ó su muerte: que no sé de cierto cuál de las dos más temen. En presencia de esta crisis, hay que proceder á un tiempo con tesón y con humanidad: curando la llaga sin contemplaciones, pero con amor y misericordia hacia el enfermo, atenuando hasta el último límite sus dolores y soportando sus imprecaciones con indulgencia infinita.

Además, estas resistencias naturales, por implacables que sean, tienen sus ventajas. Obligan con su hostilidad y sus entorpecimientos á poner cada vez mayor circunspección en lo que pensamos, queremos, decimos; á examinar con mayor detenimiento los pro-

blemas, á contener nuestra precipitación, á reconocer nuestros errores, á rectificar nuestras soluciones y procedimientos, á tener más modestia en cosas tan complicadas y difíciles, á comparar lo grande del fin con la pequeñez y cortedad de nuestros medios, á renunciar á la infalibilidad, á escudriñar en el fondo de nuestra conciencia nuestros móviles, á ser más severos con nosotros mismos y más humanos para con los demás, á elevar cada día más alta la mirada y á hacer más recta y pura la conducta. Cuántos hombres honrados y hasta incorruptibles no habrían quizá llegado á serlo, de faltarles la poderosa ayuda del encarnizado afán de sus adversarios para hallar en su vida una mancha! Bendita mil veces la divina ley que del mal saca el bien y lo trae por fuerza á servir y valer para encaminar la humanidad á su destino!

Por otra parte, las luchas de hoy día no son ya como las que hicieron tan heroica la vida de nuestros mayores. Cada vez la cultura va limando las garras á la fiereza humana y dando á las resistencias conservadoras, todavía en nuestro país tan desapoderadas, mejor inteligencia de las cosas, mayor modestia, modos más compatibles con la vida civil. Después de todo, correrá el tiempo, y los ciegos verán, y andarán los tullidos, y la historia consolidará de todas nuestras empresas lo que haya de incorporarse al fruto de las empresas pasadas, y barrerá lo inútil; las minorías se harán mayorías; las fuerzas que hoy pugnan por andar adelante se tornarán freno y contrapeso para las nuevas energías que suscita la renovación perenne de las cosas: y gracias, si no se petrifican, como ahora lo están entre nosotros, no por ley invencible, sino por esa parálisis morbosa que ha sufrido nuestro desenvolvimiento nacional.

Si no me equivoco al declarar este espíritu como el espíritu de la *Institución*, mal se puede temer que, por nuestra parte, contribuyamos lo más mínimo á traer sobre la patria una situación semejante á la que la campaña en pro de la reforma pedagógica ofrece en otros países (en Austria, más aún en Francia, y acaso todavía más en Bélgica), donde se acentúa un fenómeno que en otros pueblos no presenta—al menos por hoy—tanta gravedad, á pesar de las tentativas de los conservadores holandeses y de la inquietud, hoy apaciguada, que promovió hará un año la información escolar en Inglaterra.

Es notorio que, en toda la edad moderna, singularmente en los últimos siglos, la vida social se ha venido secularizando en todas partes, por reacción contra el sistema medioeval; secularización que sí, en el fondo, á mi entender, representa, como el liberalismo contemporáneo y como tantas otras crisis, un movimiento relativamente necesario y bienhechor, tomado servilmente á la letra, y no

en su representación universal (donde no caben semejantes interpretaciones), conduce para muchos al ateísmo, tácito ó expreso, en la vida, como al positivismo dogmático y á la proscripción de lo trascendental en la ciencia. Ahora bien, entre varias razones, acaso esta sea la principal de que en ciertos pueblos la causa de la educación y la enseñanza tradicionales—como de diversos intereses del antiguo régimen—se haya hecho por unos y por otros solidaria de la causa de la religión. Los que podríamos llamar partidos religiosos, católicos ó protestantes, llevados por la índole de su significación, y á veces por vocación sincera, á interesarse en los problemas que tocan á la vida superior del espíritu, han tomado casi en todas partes sobre sí la obra de influir hondamente en la educación: influjo legítimo y aun beneficioso, cuando no lo impurifican pasiones é intereses exclusivos. Entre nosotros, esos partidos vienen atravesando profunda crisis, que los divide, no en los matices graduales de toda comunión racional de personas, sino en verdaderas facciones que ásperamente se desgarran, sin que la invocación de un ideal común baste siquiera á moderarlos. Pero, así y todo, constituyen un elemento importante, cuya fracción gubernamental, ingerta en el bando conservador, no sin repugnancia del espíritu laico, revolucionario y escéptico de este, le ha traído tanta fuerza, como contrariedades y disgustos al imponerle algunos, por lo menos, de sus compromisos.

Claro se vió, por su mal, cuando esta fracción puso mano desde el poder en la enseñanza pública, originando dolorosos conflictos. Verdad es que, entonces, lejos de mostrar una preparación sólida para abordar los graves y complejos problemas que pretendía de plano resolver, cedió al prurito de improvisación, tan extendido entre nosotros; y en vez de una obra nacional, aunque en el sentido de sus principios y de sus obligaciones, emprendió una atolondrada é informal desorganización de esa enseñanza, donde se mezclaban, entretrejan y destejían con precipitación vertiginosa, soluciones de mera ocurrencia con despojos arrancados, casi literalmente, de legislaciones exóticas, sin tomarse el trabajo, no ya de adaptarlos á nuestras necesidades, mas de disimularlos siquiera. El más grave ejemplo que dieron muchos de sus hombres fué, sin embargo, el de una falta de sinceridad tan aparente, que contrasta el ánimo pensar hasta qué punto se han contagiado del vulgar maquiavelismo al uso en nuestra sociedad descreída, la noble inteligencia, amplia cultura y brío de tantos pensadores ilustres: cuando no deben el prestigio de su causa en el mundo sino á su severa censura de la inmoralidad política reinante y á su proclamación de un orden ético superior en la vida.

Pero cualquiera que, desde el poder ó fuera

de él, sea en lo por venir la participación* de esas tendencias en la obra de la educación nacional: ora pugnen con afán generoso por formar el espíritu interno de esta educación, que es hoy hasta donde cabe un mecanismo inerte, como cuerpo sin alma, é inspirándose en su ideal y consagrándose á él con amor y devoción austera, colaboren pacíficas á la redención intelectual y moral de la patria; ora por el contrario se empeñen más y más en los derroteros de la política dominante y no teman compartir sus vicios, su egoísmo, su perfidia, su rencor venenoso, creo poder esperar que la *Institución*, respetando la diversa actitud que los partidos liberales adoptasen acaso, por desgracia; dejando á cada cual que allá con su conciencia se las haya, y contemplando con dolor, mas sin remordimiento, la cruel situación que por culpa de estos y de aquellos venga en su día á engendrarse, jamás adquirirá, como hasta hoy no la ha adquirido, la grave responsabilidad de tomar parte en la implacable lucha de hiel y de exterminio que aflige en tantos pueblos la obra sagrada de la educación nacional: obra que en tan gran parte — mucho mayor de lo que el espíritu sectario de los unos y los otros presume— está por cima de las más hondas divergencias, y pudiera y debiera ser labor común, á que todos los hombres de buena voluntad coadyuvasen con análogo espíritu en fraternal alianza. *Regnum divisum desolabitur*. Y ya está el nuestro bastante dividido.

ENCICLOPEDIA.

EL ÚLTIMO CONCURSO BELGA DE CIENCIAS FILOSÓFICAS. (I)

(Continuación.)

La *Psicología* de M. Tiberghien, que ha llegado ya á su tercera edición, es una obra clásica desde hace tiempo. Comienza por un cuadro de la naturaleza humana y por la teoría de las relaciones del alma y el cuerpo. Expone en seguida el método general de la psicología, la teoría del sentimiento íntimo y la del punto de partida de la ciencia. Termina con el estudio de las propiedades fundamentales del alma y de sus facultades. La psicología parte del sentido íntimo, es decir, la propiedad por la cual puede el alma replegarse sobre sí misma; tiene por objeto en primer término el yo indeterminado y en seguida las determinaciones del yo. El pensamiento yo, precede á la conciencia de las relaciones del yo con otros seres. Puedo hacer abstracción de esas relaciones sin hacer abstracción de mí mismo. Si el yo fuese solo, sin causa y sin lí-

(I) Véase el número anterior del BOLETÍN.

mite, aún tendría conciencia de sí mismo. El pensamiento yo es el hecho primitivo de la conciencia propia, y toda la ciencia del yo, la presupone. La esencia propia del alma se expresa por la espiritualidad, como la esencia propia del cuerpo se expresa por la materialidad. El yo es un sér finito y relativo, porque está colocado con otros seres en un mismo todo; está afectado de negación, aunque la esencia sea positiva. Hay en el yo una fase eterna y una fase temporal; la esencia expresa la primera y la vida expresa la segunda. La vida es aquella cualidad en virtud de la cual la esencia, con todos sus atributos, entra en el tiempo y se determina á cada instante de una manera original, si bien permaneciendo inmutable en sí misma. El alma tiene tres facultades fundamentales: el pensamiento, el sentimiento y la voluntad, que se manifiestan primeramente, sin nuestra noticia, como instintos y luego en el estado de conciencia. Las tres tienen un lado sensible y un lado suprasensible. Los sentidos nos dan la intuición de las cosas exteriores, y adquirimos por medio de la razón la intuición intelectual de las leyes, de las causas y de los principios. Hay asimismo sentimientos sensibles y sentimientos racionales, y la voluntad, á su vez, puede dirigirse hacia bienes particulares ó tender á la realización del orden universal.

La *Psicología* de M. Tiberghien está de perfecto acuerdo con los principios metafísicos de la *Introducción á la filosofía*. Una y otra hacen partir á la ciencia del yo indeterminado y le dan por apoyo la intuición intelectual del sér absoluto. Una y otra son defensores elocuentes de la distinción tan profunda de los elementos sensibles y de los elementos racionales de las facultades humanas. Pero una y otra se estrellan también contra las dificultades lógicas ya señaladas más arriba. Añadamos, también—y este es un punto capital—que la escuela de Krause no se limita como la de Hegel á una filosofía puramente especulativa, sino que pretende construir *a priori* el universo y el hombre; que acepta y solicita el concurso del método analítico; que se nutre en el inmenso tesoro de los hechos internos y de los hechos externos; que nos presenta el cuadro viviente de los acontecimientos del alma, y que nos da una psicología muy superior á la escuela de Hegel. Desde ese punto de vista, es incontestable que M. Tiberghien ha ensanchado considerablemente el campo psicológico del idealismo hegeliano. Para no citar más que un solo ejemplo, el estudio experimental de las relaciones del alma y del cuerpo con que comienza el libro, es un resumen notable de los grandes aspectos de la cuestión y uno de los mejores capítulos que ha escrito el autor.

La *Lógica* de M. Tiberghien es una obra sólida, un poco larga tal vez, en la cual el autor, fiel á la posición mixta que ha adoptado

entre la especulación pura y los elementos sensibles del conocimiento, reúne las dos fases opuestas del método. Él mismo caracteriza su obra en los siguientes términos:

«De un lado M. Stuart Mill y M. Renouvier, Inglaterra y Francia consideradas en sus más vivas tendencias, favorecen el recrudescimiento de sensualismo que se desprende del desarrollo exclusivo de los estudios físicos, dan la mano al positivismo y reducen la ciencia á un catálogo de fenómenos. De otro lado, Hegel, representante de Alemania en su tendencia idealista, desenvuelve el panteísmo y reduce la ciencia á la especulación pura, con el pretexto de que el ideal es la verdadera realidad y de que los seres del mundo son nociones. Estas dos corrientes contrarias van á parar á dos extremos igualmente funestos: la negación de lo absoluto y la negación de lo contingente. El uno descarta á Dios, desconoce la razón y provoca la abdicación de la dignidad moral del hombre. El otro descarta los hechos, desconoce la sensibilidad y no tiene para nada en cuenta el sentido común. Como métodos, el primero rechaza la deducción y pone en tela de juicio el valor del silogismo; al menos Stuart Mill lleva la lógica hasta ese punto. El segundo rechaza la observación y niega toda autoridad á la inducción. Los dos violentan la naturaleza humana, conducen al escepticismo por vías diferentes y piden una seria reforma en la teoría del conocimiento. Es preciso oponer á la observación estrecha y arrogante de las escuelas positivistas, las leyes y las condiciones de una observación legítima; demostrar que la experiencia nada puede sin la razón, y que por consiguiente pronuncia su propia sentencia eliminando todo elemento *a priori* de las investigaciones científicas. Es preciso, á la especulación arbitraria y desarreglada de las escuelas panteístas, oponer una especulación metódica y prudente; demostrar que el análisis imparcial de los hechos que se nos muestran en la intuición debe preceder á la síntesis, y que en su consecuencia, la deducción, sin el apoyo y el contraste de la observación es, tan impotente para engendrar la certeza, como la observación sin la garantía de la deducción. El análisis y la síntesis desenvueltos aisladamente, en oposición el uno con la otra, no arrojan sobre los objetos más que una luz dudosa que nos oculta una fase de su naturaleza y nos muestra la otra. Toda exageración trae consigo una reacción en sentido contrario. Así las aberraciones en las escuelas sensualistas son la excusa del idealismo absoluto, y las extravagancias de las escuelas idealistas son á su vez la explicación del positivismo. Importa al honor de la filosofía romper el cerco de esas nociones estrechas y paradójicas. Es preciso también demostrar que la construcción de la ciencia

exige el concurso de todas nuestras fuerzas intelectuales, el testimonio de todas nuestras fuentes de conocimiento, el empleo de todos nuestros procedimientos de investigación; que las soluciones exclusivas son necesariamente erróneas, que la verdad está por encima del conflicto de las opiniones contrarias y es la única capaz de unir las y reconciliarlas.» (Prólogo, XVII y XVIII.)

No cabe decir más en este punto, y nos apresuraremos á añadir que el libro cumple las promesas contenidas en el prólogo. El primer tomo es una extensa introducción psicológica y metafísica consagrada á las diversas especies de conocimientos y á sus leyes, y se encuentra en ella la doctrina general de Krause. El segundo tomo es un tratado completo de lógica donde no ha sido omitido nada y en el cual el mecanismo de la inteligencia está expuesto con pormenores, la minucia de las cuales trae á la memoria los abusos de la escolástica.

Pero si M. Tiberghien cree á veces en sutilezas que parecen incompatibles con las exigencias de una obra clásica, deja muy atrás á los lógicos de la Edad Media, los cuales no conocían más que la parte deductiva de esa ciencia, y sabe aprovecharse de los trabajos de la escuela inglesa, sin dejar de mostrar con autoridad que el manejo de la inducción y de la analogía requiere la intervención latente de principios racionales, cuyo origen es impotente para explicar el positivismo. La lógica positivista y materialista, si ha de ser consecuente consigo misma, debe arrancar á las propias ciencias experimentales el método que constituye su fuerza y al cual deben ellas sus conquistas.

El *Bosquejo de filosofía moral* de M. Tiberghien nos presenta una doctrina racional del bien, que toma sus principios de la metafísica.

Dios realiza su esencia en la vida ó manifiesta su divinidad. Esta propiedad de Dios se llama el bien. El bien es la esencia divina realizada en la vida; es absoluto, inmutable, eterno, necesario. El bien absoluto, idéntico á Dios, contiene en sí y bajo sí diversos órdenes de bienes determinados en relación con los diversos órdenes de seres que viven en Dios. El bien de cada sér consiste en la realización plena de su esencia. Resulta de ahí, que el bien del hombre no puede ser más que el desenvolvimiento completo y armónico de su naturaleza, considerada en sí misma y en el conjunto de sus relaciones. El soberano bien del hombre es la posesión de Dios en el pensamiento, en el sentimiento, en la voluntad y, en una palabra, en todas las fuerzas de la vida.

Creemos inútil insistir en los desenvolvimientos que M. Tiberghien da á sus principios fundamentales; las líneas que preceden bastan para demostrar cuán elevado y profundo punto

de vista tiene de la unidad de la naturaleza humana. Las diferentes partes de su obra presentan un encadenamiento tan riguroso que cuando se ha penetrado uno de la idea general que domina en ella, todos los pormenores se funden y se unen en una armoniosa y viviente síntesis. Su psicología, su lógica y su moral se desprenden con tanta naturalidad de su metafísica, que se ven de una sola ojeada todos los eslabones de ese vasto sistema. Sazonado por largos estudios, M. Tiberghien se formó en hora temprana una convicción profunda sobre los grandes problemas en medio de los cuales se agita la filosofía; se inspiró en esa convicción inmutable desde el día en que cogió la pluma para escribir por primera vez; la expuso y la desarrolló bajo las formas más variadas y en un estilo que no deja de ser brillante; ha recorrido con paso seguro el anchuroso campo de la filosofía; ha sostenido una lucha ardiente é implacable contra todas las escuelas que condenan como quiméricas las aspiraciones del alma hacia lo absoluto y que predicán, en esta ó en otra forma, el odio á la razón; ha defendido contra el materialismo y el positivismo la causa de la filosofía con una perseverancia, con una tenacidad, con un vigor que merecen respeto y admiración, y hoy puede decir, no sin gloria, que ha cumplido su tarea.

II.

Después del espiritualismo metafísico de M. Tiberghien, el espiritualismo experimental de M. Loomans.

Varios artículos de crítica filosófica publicados en la *Revue de Bruxelles* y en los *Annales de la Société littéraire de l'Université catholique* habían ya llamado la atención pública hacia el nombre de M. Loomans cuando fué designado para reemplazar á Tandel en una de las cátedras de filosofía de la Universidad de Lieja, y M. Loomans rindió después un homenaje merecido á la memoria de aquel insigne sabio en su *Notice sur la vie et les travaux du professeur Em. Tandel* leída ante el Consejo académico, el 12 de Enero de 1852. M. Loomans, que lo había conocido muy de cerca, hace de él un juicio tanto más acertado cuanto que los dos se inspiran en los mismos principios. Observación minuciosa de los caracteres del hecho de conciencia; lazo íntimo é identidad fundamental entre la conciencia de sí mismo y la libertad; existencia de un Dios personal y libre del cual es nuestro espíritu imagen viva.

Señalemos también el *Curso de filosofía moral (autografiado)* que data de 1856, y dos discursos rectorales sobre la *libertad humana*, considerada primero en la vida intelectual y luego en la vida moral, los cuales fueron pronunciados en 1871 y 1872. En el *Curso de filosofía moral*, M. Loomans des-

arrolla el pensamiento de que todos los principios de la moral racional se resumen en la idea de una sociedad universal de los seres personales que debe realizarse en la humanidad. En los dos discursos antes citados, el autor insiste grandemente en la esterilidad del racionalismo abstracto, en la insuficiencia del positivismo en filosofía, y en la necesidad ineludible de fundar la ciencia de nuestro ser en «la reflexión de lo que pasa en nosotros y á nosotros mismos». Por la conciencia descubrimos en nosotros el principio activo, simple y permanente, causa de fenómenos internos y de movimientos; y la libertad es inseparable de la conciencia que tenemos de nosotros mismos. La libertad tiende hacia un ideal, que es la conformidad á la razón y al bien. La voluntad se hace perfectamente libre manteniendo su imperio sobre el sentido y sobre sí misma, y el concurso de las voluntades debe traer consigo la sociedad perfecta y universal de los seres personales. Nótese que esta conclusión es la misma que la del *Curso de filosofía moral*, al cual acabamos de referirnos.

Pero la obra más notable de M. Loomans, aquella en la cual ha expuesto con mayor autoridad las doctrinas de toda su vida y en que ha sentado de una manera definitiva su reputación filosófica, es su tratado, titulado: *Del conocimiento de sí mismo. Ensayo de psicología analítica*, publicado en 1880. Es digno por todos conceptos de un detenido examen. Nos ayudaremos en este trabajo con el informe publicado por M. Stecher en la *Revue de Belgique*.

Todas las controversias psicológicas se resumen en la cuestión del método. La única fuente del conocimiento de los hechos internos considerados en sí mismos, es la percepción interna inmediata de esos hechos y del ser que es su causa productora. Los fenómenos externos, por el contrario, son conocidos por medio de las sensaciones perceptibles, y las causas de esos fenómenos son incógnitas que buscamos.

Es preciso no confundir este método con la inducción y la analogía, de que se sirven las ciencias naturales; esos dos procedimientos parten, efectivamente, de fenómenos externos cuya causa es una incógnita que hay que buscar, mientras que la causa de los hechos internos es conocida por la conciencia. La psicología se funda y se apoya en la experiencia interna y luego se sirve de los principios de la razón para llegar al conocimiento de la naturaleza humana. El materialismo, por el contrario, parte de una hipótesis preconcebida, y atribuye al cerebro solo la producción de los hechos internos, confundiendo una relación de dependencia con una relación de causalidad.

Yo no solo percibo en mí hechos internos, diversos y sucesivos, sino que percibo, además, que soy el sujeto uno y permanente en quien

esos hechos existen. El yo no es solo, como creen Spencer y Taine, una serie de acontecimientos ligados entre sí y provocados por ciertos cambios de mi cuerpo, sino que el sujeto que conoce es una realidad simple, que no puede descomponerse, idéntica, sustancial. En él se unen los fenómenos psicológicos, de los cuales es soporte y lazo.

Yo no soy solamente la sustancia individual en quien los hechos internos existen, sino que soy también la causa de cambios interiores y de movimientos exteriores. Tal es la noción de la espontaneidad ó de la actividad propia; es una energía primitiva, que tiende á la acción y la produce, cuando se dan las condiciones para ello necesarias. Percibo al mismo tiempo mi receptividad ó mi dependencia relativa con respecto á otros seres que me modifican. La espontaneidad de los seres finitos no se concibe más que dentro de ciertos límites, y esos límites son los que constituyen su receptividad.

Hay hechos internos producidos por la energía individual sin que esta tenga conciencia de ello. Eso sucede cuando en presencia de un objeto se producen inmediatamente cambios interiores y movimientos exteriores. Pero hay también una actividad consciente que consiste en que el alma se convierte, á su vez, en objeto de su propio conocimiento.

La vida en el cuerpo, es decir, recibiendo la acción del cuerpo y reaccionando en él, es la vida inconsciente; la vida en sí es la vida consciente.

Como energía interior y consciente, soy libre y me atribuyo el poder de obrar libremente en el exterior. La energía, en cuanto libre, opone su independencia á la acción recibida y se determina. El principio libre es el principio absoluto en el hombre, no porque la energía sea independiente en todos conceptos, sino porque esa energía obra por sí misma sin depender de nada ajeno á ella. La libertad es inmediatamente cierta, independientemente de todo razonamiento que le pruebe ó que le ponga en duda y es inseparable de la conciencia.

Como energía consciente y libre, el alma existe también á título de persona, es decir, que tiene un fin que realizar por sí misma. La personalidad humana se concibe como la energía interior en lo que tiene de principio absoluto, vivo en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo.

El alma es una energía individual y personal, como causa de diversas especies de hechos irreductibles entre sí; presenta energías, potencias y facultades diferentes. Estas son primitivas y permanentes, y difieren de toda disposición ó costumbre adquirida, tales como la ciencia, la moralidad, la virtud. Estas son la inteligencia, la sensibilidad y la voluntad.

La inteligencia es la energía del alma en

cuanto afirma un objeto, afirmándose á sí misma. La sensibilidad es la misma energía en cuanto pasa por estados agradables ó penosos, provocados por algún objeto conocido. La voluntad es el poder de reacciones, ya de una manera inconsciente y fatal, ya con independencia y libertad.

Las facultades fundamentales se encuentran en relaciones de dependencia y de penetración recíproca. Tienen la misma esfera de acción: los objetos que la inteligencia conoce son también aquellos que la voluntad persigue y los que afectan al corazón. Los tres tienen un lado terrible y fatal. Hay en efecto una serie de fenómenos psicológicos determinados por la acción de los órganos, y sometidos á la fatalidad. Pero los tres llevan también en cierto modo el carácter de la universalidad, de la perfectibilidad indefinida y por consiguiente, del ideal.

Las facultades fundamentales forman un todo orgánico y cada una de ellas comprende otras totalidades unidas entre sí, que deben ser distinguidas; pero que, no pueden ser aisladas unas de otras. Hay en la inteligencia las percepciones sensibles, las concepciones y las ideas de la razón. La sensibilidad nos presenta sensaciones afectivas, sentimientos intelectuales y sentimientos superiores que elevan el alma hasta lo absoluto. Los hechos comprendidos en la teoría de la voluntad se refieren á los apetitos, á la voluntad libre y á la voluntad racional.

El estudio de la inteligencia comienza por el análisis del conocimiento de los fenómenos sensibles. Las percepciones son hechos internos ligados á condiciones psicológicas; existen en el sér que los percibe, mientras que los movimientos moleculares del sistema nervioso no existen en el sér que se los representa; están sometidos á leyes fatales, mientras que en el acto de percibir, el alma se determina libremente. Sin embargo, como no podemos formar ningún juicio de objetividad sin admitir otras causas diferentes de nosotros, resulta que las nociones de fuerza y de causa, y el principio de causalidad, están relacionadas en todo conocimiento de fenómenos sensibles. Hay una diferencia esencial entre el *perceptum involuntarium* por una parte y el *cogitatum* y el *cognitum* por otra. El conocimiento de las cosas particulares y de sus cualidades implica, además de los materiales que provienen de la observación, la energía que los pone en acción y los concibe con arreglo á las leyes universales de la inteligencia.

La actividad psicológica se manifiesta también en la reproducción de las ideas pasadas, la cual se funda en su asociación natural. Pero esta asociación es involuntaria y debe ser claramente diferenciada de otras asociaciones que pertenecen al yo. La escuela inglesa ha cometido el error de querer explicar la inteligencia

entera y hasta los principios de la razón, con ayuda de la simple asociación de las ideas. El sistema de la percepción, por sí sola, no puede explicar el hecho del conocimiento humano; sino que debe ser completado por el del yo ó de la percibibilidad.

El principio libre, consciente y personal interviene, pues, también en la vida intelectual. El yo se determina á sí mismo, en el sentido de que cuando las condiciones del ejercicio de la libertad le son dadas, es la causa absoluta de los actos del pensamiento y trata de realizar el ideal de la verdad. Lo mismo sucede en la vida moral, en la que el yo es causa absoluta de acciones voluntarias y se conforma á la razón para realizar el ideal del bien. El yo que piensa, está dotado de facultades libres ó intelectuales esencialmente diferentes de las facultades no libres de percepción y de imaginación. Son ellas el entendimiento, la memoria libre y la imaginación libre.

El entendimiento transforma los conocimientos vulgares por medio de comparaciones exactas y cada vez más fecundas; compara los casos particulares; analiza las cualidades; hace abstracción de las diferencias; reúne en conceptos de especies los resultados de sus juicios y razonamientos sucesivos, y llega á conceptos cada vez más vastos. Está sometido á las leyes universales de la razón, que la inteligencia contiene en germen, las cuales dirigen sus investigaciones y no son por consiguiente, el resultado de esas investigaciones.

La memoria libre dispone de los conocimientos adquiridos, dirige las reproducciones á un fin determinado y forma asociaciones libres, que pertenecen al principio libre y no pueden existir sin él.

La imaginación libre forma combinaciones nuevas, variadas, originales y puede hasta servirse de ellas con un fin estético para expresar el ideal y hacer nacer el sentimiento desinteresado de lo bello.

El análisis de las facultades libres no podría dar ni un solo paso, sin encontrarse con la razón y los principios. La razón impone sus leyes necesarias y universales á las facultades libres. Estas leyes, sin las cuales no hay pensamientos, ni conceptos, ni conocimientos, no pueden ser adquiridas, sino que tienen su origen en la energía psicológica dotada de razón y de facultades libres y universales. Son al mismo tiempo subjetivas y objetivas, y por consiguiente el entendimiento es capaz de conocimiento y de certeza objetivos.

La tendencia á la unidad es una necesidad irresistible del espíritu humano que quiere conocer el origen y el destino del alma y del mundo. El sentimiento de lo divino se encuentra en la raíz misma y en la cúspide del alma; tiene por objeto propio lo absoluto y va más allá de todo lo conocido por la experiencia. La idea de lo absoluto es la idea del sér pri-

mero, independiente, completo, sin límites, y no puede ser confundido con la idea de una pluralidad de seres dependientes, incompletos y limitados. Esta idea da razón de las leyes del entendimiento, de las leyes del mundo y de su acuerdo, da razón además de la existencia del mundo. El conocimiento de sí mismo y del mundo, se completa y se acaba por el conocimiento de Dios, y este presenta un lado evidente, comprensible y un lado obscuro é incomprensible.

La sensibilidad nos ofrece totalidades ó sistemas análogos á los que hemos descubierto en la inteligencia. En el primer grado, la energía psicológica se une á la acción orgánica que la determina y experimenta sensaciones de placer y de dolor físicos. Las sensaciones pueden existir y existen sin el yo; se imponen fatalmente y determinan las reacciones del apetito y los movimientos. En el segundo grado, el yo, gracias al ejercicio de sus facultades libres, encuentra en el fondo de sí mismo una fuente inagotable de sentimientos y de combinaciones de sentimientos. Todos son estados subjetivos que expresan lo que el sujeto experimenta y la manera como lo experimenta. Por fin, los sentimientos racionales son los que pertenecen al yo, en tanto que está dotado de razón. Son los que tienen por objeto lo absoluto; conforman con lo que es divino. La energía del yo en cuanto está dotada de razón, es la que los experimenta, y el sentido de lo absoluto es lo que las inspira.

La voluntad por fin, nos muestra sucesivamente el sistema de los apetitos, el de la voluntad libre y el de la voluntad racional. Los apetitos son movimientos interiores de propensión ó de aversión, que resultan de un estado de sensibilidad física no satisfecha y que tiende á satisfacerse. Pueden existir y existen independientemente del yo. No sucede lo mismo con la voluntad libre, que es para nosotros el objeto de una certeza inmediata y que se transforma en voluntad racional, cuando aspira al bien absoluto y encuentra en él su propia satisfacción.

Las facultades de la persona, por lo mismo que son libres, universales é infinitamente perfectibles, dan testimonio de una potencia de vida que no está limitada por nada. A las facultades no limitadas por nada, que tienen un objeto siempre conocible y deseable, corresponde un destino inmortal. Hecha para lograr lo absoluto, la persona lleva la marca cierta de la inmortalidad.

Lamentamos vivamente que los límites dentro los cuales debe encerrarse el presente informe, no nos permitan entrar en más extensos pormenores sobre la psicología analítica de M. Loomans. En todo su notable libro, maneja con suprema habilidad la observación interior de los fenómenos del alma y penetra hasta en los pliegues más recónditos

de la conciencia; descompone con rara sagacidad los más complejos acontecimientos de la inteligencia; deja muy atrás á los filósofos de la escuela escocesa, que harto á menudo se han limitado á la descripción de los hechos interiores, sin preocuparse de la naturaleza íntima del sér en el cual ocurren; expone de mano maestra el paralelismo de esas facultades fundamentales; salpica ese extenso estudio de una prodigiosa cantidad de observaciones finas y penetrantes que demuestran su gran erudición, y en más de un sitio, sobre todo en las páginas que consagra á las ideas racionales, se eleva á una altura de miras que recuerda los mejores días del espiritualismo antiguo. Evidentemente se sale del punto de vista estrecho de Maine de Biran que se encerraba en el sentimiento del esfuerzo y no podía llegar más que á una psicología incompleta. Añadamos también que M. Loomans está tanto más á sus anchas en el terreno que ha escogido, cuanto que su espiritualismo es ante todo un espiritualismo experimental, que no se aventura jamás fuera de los límites que encierran al sentido íntimo, que sabe correr un discreto velo sobre todos los problemas de metafísica pura, que huye de la hipótesis como plaga de la filosofía y que no se ve entorpecido como M. Tiberghien por los lazos del panenteísmo.

¡Lástima que haya que señalar ahora una laguna inmensa! La psicología tiene en nuestros días extendido su dominio invocando los recientes descubrimientos de la fisiología, y especialmente los de la fisiología cerebral. Se ha dicho, no sin razón, que el alma humana no se nos da jamás aparte, que la intuición del yo puro es un aserto enteramente gratuito, y que la ciencia del alma no es otra cosa que la ciencia de los fenómenos provocados en ella por sus relaciones con el cuerpo. So pena de no formular más que una psicología incompleta, una psicología en el aire, como se ha dicho algunas veces con cierta exageración, es preciso resignarse á no ver en el sentido íntimo más que la conciencia de las relaciones, en las cuales nuestra alma se encuentra, y á abordar sus relaciones en el terreno mismo en que se nos manifiestan. Todos los actos de la inteligencia sin excepción, los más elevados como los más vulgares, se nos aparecen siempre como localizados en algún sitio de la máquina corporal. Si experimentamos una sensación, el alma experimenta esa modificación interior en el órgano impresionado, y si tratamos de representarnos una cosa abstracta ó ideal, la localización tiene efecto en los centros cerebrales. La psicología, en nuestros días, ha logrado, en cierta medida lo que pudiera llamarse la historia corporal de los acontecimientos del alma; ha estudiado á fondo la manera de funcionar los órganos y la misión del sistema

nervioso; y gracias á las vivisecciones, que han abierto á la ciencia nuevos horizontes, ha mostrado que los diferentes grados de la vida del alma tienen relaciones íntimas de dependencia con la existencia y el funcionamiento de los diferentes centros cerebro-espinales. Así ha establecido entre el alma y el cuerpo, no un vano paralelismo, como el que se limitaba á afirmar la antigua psicología, sino un paralelismo científico. ¿No es evidente, por ejemplo, que las intermitencias de la vida de conciencia tienen su razón psicológica en las intermitencias de la vida de relación?

No ignoramos, ciertamente, que la psicología cerebral está todavía dando los primeros pasos, y no se nos ocultan las dificultades enormes que presenta el estudio del funcionamiento de la materia nerviosa. No se trata ya hoy de contentarse, como hacía Gall, con asertos aventurados, con experimentos sin valor y con colocar en el encéfalo aparatos de fantasía. La ciencia moderna es más rigurosa y más exigente; se trata de demostrar, con hechos positivos, que la desaparición ó la alteración de tal ó cual porción determinada de la materia nerviosa, impide ó entorpece la producción de ciertas funciones intelectuales. Pero si la tarea es difícil, y aún estamos condenados á tropezar con barreras infranqueables, ¿es esto una razón para no poner mano en los descubrimientos que se hallan á nuestro alcance y para aislar la psicología de la fisiología? El espiritualismo, por otra parte, tiene gran interés en ensanchar las bases sobre las cuales descansa. Aliándose con la fisiología, quita á sus adversarios las armas de que se valen para atacarlo. No basta demostrar que los fenómenos de conciencia no pueden referirse á acontecimientos puramente orgánicos y á no sé qué cerebración inventada para las necesidades de la causa materialista. No basta tampoco establecer que encontramos en nuestra inteligencia elementos *a priori*, que los experimentos acumulados de las generaciones sucesivas no pueden explicar. Es preciso asociar en una poderosa síntesis los dos distintos puntos de vista, con ayuda de los cuales llegamos á conocer nuestra naturaleza y á perseguir la correspondencia de los acontecimientos intelectuales y de los acontecimientos nerviosos. Si la psicología se niega á entrar en ese camino, corre el riesgo de parecer víctima de una reacción exagerada.

Debemos declarar que desde ese punto de vista el libro de M. Loomans es un libro incompleto que prescinde de uno de esos dos grandes aspectos de la ciencia del hombre. Ciertamente declara que las cuestiones mixtas que conciernen á las relaciones entre el alma y el cuerpo no pueden ser resueltas más que por la combinación de los resultados ciertos de la psicología y de la fisiología, y que estas ciencias—diferentes por su objeto, su punto

de partida y su método—se prestan, sin embargo, mutuo auxilio, se completan y conducen á la total ciencia del hombre. La idea que hay que perseguir, añade también, es la de la ciencia completa de la naturaleza humana, moral y física. Pero declara inmediatamente después, que no quiere tratar más que del hombre interior y moral, y que la ciencia del alma humana fundada en el método analítico, es el asunto propio de sus investigaciones. Para él la verdadera cuestión psicológica, es la cuestión de la energía interior que percibe, piensa y conoce, cuando existen las condiciones físicas y psicológicas. Por eso, sin duda, y no citaremos más que un ejemplo, cuando M. Loomans aborda, hacia el final de su libro, el terrible problema del libre albedrío, se limita á invocar la prueba del sentido íntimo, y ni siquiera menciona la objeción de los deterministas, los cuales hacen notar que nuestras resoluciones están indisolublemente ligadas á acontecimientos cerebrales y que estas no pueden sustraerse á las leyes fatales que rigen la materia. Es claro que una psicología que prescinde de objeción tan formidable, y que se atrinchera exclusivamente en el campo de la observación interior, no considera más que uno de los aspectos de la naturaleza humana, no cumple más que una parte de su tarea y presta puntos vulnerables á los ataques victoriosos del materialismo.

(Continuará.)

INFLUENCIA DE LA ALIMENTACIÓN

DE LOS NIÑOS EN SU MORTALIDAD,

por A.

Generalmente se cree que la lactancia artificial es funesta para los niños, pero no se ha medido todavía la importancia del mal que les causa. A este punto se refiere un análisis de la estadística de Berlín, debido á M. Richard Boeckh, y publicado recientemente, en el cual se prueba que la mortalidad de los niños alimentados con biberón es seis ó siete veces superior á la de los niños nutridos por su madre.

La mortalidad de los niños ha sido siempre bastante grande en Berlín. Desde que la población aumenta rápidamente, la mortalidad crece también en todas las edades, y especialmente en el primer año de vida, según indica el cuadro siguiente:

Número de niños muertos de 0 á 1 años por cada 1.000 habitantes.

1816-1820.	275	1851-1855.	245
1821-1825.	275	1856-1860.	277
1826-1830.	256	1861-1865.	316
1831-1835.	263	1866-1870.	399
1836-1840.	264	1871-1875.	371
1841-1845.	257	1876-1880.	326
1846-1850.	253	1881-1885.	307

Antes del año 1885, la estadística de Berlín no permitía averiguar el influjo de la alimentación en esta mortalidad, influjo que se evaluaba solo aproximadamente, por un procedimiento indirecto. Pero después del empadronamiento de 1885, se introdujo en la hoja individual la siguiente pregunta: «Para los niños nacidos en 1885: ¿el niño se nutre actualmente, con leche materna, leche de nodriza, leche condensada, extracto de carne, polvos, etc., ó con otro alimento? (Subráyese la palabra que responde á la pregunta.)» Por lo común, las respuestas han sido completas, porque de 33.778 hojas de niños, 481 solamente ofrecen vacíos en esta parte. Este empadronamiento permitía, desde luego, calcular la mortalidad infantil por un método directo. M. Boeckh supone que, en el empadronamiento de Berlín solo 684 niños de 0 á 1 años han sido omitidos; en París, el empadronamiento de niños de poca edad es mucho más imperfecto, y las omisiones se elevan de 8.000 á 10.000. Esta diferencia indica suficientemente que las averiguaciones minuciosas emprendidas en Berlín sobre la mortalidad de los niños, no son posibles en París. La base de toda estadística, es un buen empadronamiento.

De la estadística levantada según el método de Boeckh, resulta que del primer mes al oncenno, la mortalidad de niños alimentados con biberón es mucho mayor que la de los alimentados por la madre.

Se puede hacer una objeción, suponiendo que los niños amamantados por sus madres pertenecen generalmente á familias acomodadas, mientras que las mujeres pobres, obligadas á trabajar para vivir, se ven obligadas con frecuencia á alimentar á sus hijos con biberón. Pero este supuesto cae por su base, porque la hipótesis es contraria á la verdad: lo más frecuente es que las mujeres pobres amamenten por sí mismas á sus hijos. No es fácil, en un empadronamiento, distinguir el grado de comodidad de las empadronadas, porque toda pregunta de este género despierta desconfianza en los habitantes y hace fracasar la operación. M. Boeckh ha evaluado el grado de comodidad de los padres según el número de habitaciones con calefacción de que se compone su vivienda; y ha llegado á deducir que la lactancia materna se extiende tanto menos cuanto el niño es mayor, lo cual nada tiene de extraño; muchas madres que prometen alimentar á sus hijos, abandonan después por cualquier causa esta resolución.

En las clases ricas (viviendas de cinco piezas y más), la madre es reemplazada muy frecuentemente por una nodriza; en las otras categorías, el biberón reemplaza al alimento maternal. En conjunto, la proporción de niños alimentados al pecho ya de la madre, ya de nodriza, es mayor entre los pobres que entre los ricos, y menor aun en los de fortunas medianas.

Así, ni la edad de los niños, ni el grado de comodidad de los padres, pueden explicar la diferencia de mortalidad entre los niños nutridos mediante la lactancia materna, y los alimentados con biberón. La diferencia considerable hallada entre las dos categorías de niños (7 y 45 por 10.000 de los que viven, respectivamente en cada categoría), es debida por completo á la diferencia de alimentación.

La mortalidad de niños ilegítimos en Berlín, es, en general, doble de la de los legítimos. Esto procede, en parte, de que los ilegítimos son, con más frecuencia que los legítimos, alimentados con biberón.

Las concubinas y las mujeres legítimas empiezan por querer amamantar casi siempre ellas mismas; pero, desde el segundo mes, la mayoría de las primeras renuncian á continuar. En suma, en todas las edades del niño, la proporción de los alimentados artificialmente es casi dos veces mayor entre los ilegítimos que entre los legítimos. Esta diferencia en la alimentación explica solo en parte el exceso de mortalidad de aquellos. En efecto, cuando se compara la mortalidad de niños de cada estado civil nutridos de la misma manera, se ve que siempre la mortalidad de los ilegítimos excede á la de los legítimos. Hay pues otras causas, además de la alimentación, que hacen frágil la vida de los ilegítimos.

El profesor Boeckh ha investigado las causas de muerte en que influye más especialmente cada modo de alimentación; y no extrañará saber que las enfermedades de los órganos digestivos son mucho más frecuentes en los niños alimentados artificialmente que en los nutridos con la leche materna. Pero conviene quizás aguardar nuevas observaciones para presentar series de cifras que tengan toda la regularidad deseable.

Como hizo notar M. Bertillon en su informe acerca de este punto, dirigido á la Sociedad de Medicina pública de París, las anteriores investigaciones no honran solamente al estadista que las ha realizado, M. Richard Boeckh, sino también al espíritu de disciplina que anima á la población berlinesa, y que la hace responder dócil y fielmente á las preguntas que se le dirigen, aun cuando no comprenda todo el interés que encierran.

INSTITUCIÓN.

TRABAJOS DE LOS ALUMNOS.

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS (I).

V.

Agricultura. Desde el Panorama de la Trasatlántica hasta la Explanada de los Invá-

(1) Véase el núm. 303 del BOLETÍN.

lidos se extienden inmensas galerías de agricultura, que hasta el pabellón español, son francesas y después extranjeras. Imposible sería describir todo lo que hay en los pabellones franceses; pero lo que más abundan son máquinas agrícolas de todas clases; productos, entre los que hay trigos de una altura que jamás había visto; animales que sirven para la labranza; enfermedades de los ganados y plantas. Entre lo que hay más objetos notables, es en máquinas, que ocupan dos galerías y mucha parte de las otras cuatro.

De la agricultura extranjera no citaré más que lo característico de cada país. En los *Estados Unidos* las instalaciones no son más que regulares. Lo mejor, las máquinas, carnes y frutas, entre las que hay magníficas naranjas. En *Italia*, todo puesto con gran lujo. Lo mejor, las pastas y sopas.

Holanda. Licores y cacao.

Rumania. Maderas y coches.

Rusia. Aguardientes y aceites.

Austria-Hungría. Modelos de objetos de madera.

Inglaterra. Carnes curadas y productos coloniales.

Noruega. Maderas y licores.

En *Alemania, Suiza, Dinamarca y Bélgica*, no hay nada de verdadera importancia. Los demás países no han expuesto.

Palacio de productos alimenticios de Francia. Muy rico, todo blanqueado y de mal gusto.

La parte baja está casi toda destinada á los vinos, entre los que hay magníficas cosas, sobre todo en las instalaciones de las grandes bodegas de Francia. Además están los licores. En la parte alta los demás comestibles, sopas, carnes, pastas, galletas, dulces, frutas. En todo esto de lo más variado; una gran selección y con mucho lujo. Un restaurant, en que se prueban algunos objetos expuestos. Grandes instalaciones de chocolates.

Pabellón de Portugal. Adosado al francés está el de Portugal, donde hay muy buenas cosas, entre ellas, cerámicas con mucha originalidad y que es notable. Buenas instalaciones de vinos, semillas y productos de sus colonias.

Explanada de los Inválidos. Está situada en el fin de los pabellones de agricultura. Mucha parte está destinada á las colonias de Holanda y Francia.

Un edificio magnífico del Ministerio de la Guerra muy interesante, donde hay armas, trajes, etc. de los ejércitos en tiempo de Napoleón; trajes de militares actuales, cañones, balas, etc., etc.

Otro pabellón de postas y telégrafos, donde exponen las compañías sus sistemas distintos y modelos de su organización interior.

Otro edificio destinado á la aerostación militar, en que hay modelos de todos los globos

conocidos y que han dado pruebas satisfactorias.

En varias instalaciones, hay modelos de todo lo referente á los obreros, economía social, bustos de los que han trabajado en ella, un bonito modelo de casa obrera para ver el aspecto interior, etc., etc.

Un tren de ferrocarril de la Cruz roja y además las salas de los heridos, departamentos para operaciones, botiquines y demás aparatos de medicina.

Higiene. Esta exposición es de mucho interés, en ella hay modelos de sistemas de fajar á los niños, saneamiento de habitaciones, modelos de cuartos en hospitales y colegios, mapas en relieve para que estudien los ciegos, escuelas de sordo-mudos; aguas filtradas y minerales, etc.

Ministerio de las Colonias. En esta instalación están sus productos, ídolos, estatuas, referentes á las colonias que más en detalle figuran en esta Exposición.

Palacio tunecino. Un patio rodeado de columnas y azulejos, y en el interior, modelos de los bosques de Tunez y maderas de la misma región.

Anam y Tonkin. El edificio, muy raro; estatuas de sus ídolos; algunos cuadros muy malos y mapas bien hechos por los naturales.

Teatro Anamita. En él dan comedias muy dramáticas los anamitas, pueblo situado en Asia muy cerca y casi de la misma raza que el Japón, aunque más atrasados.

El teatro es muy ancho y el escenario está un poco en alto. No se les comprende nada, pues hacen los dramas en anamita, pero lo curioso son las contorsiones y modo de accionar que tienen, y sobre todo, las pinturas que llevan en la cara; uno de ellos tiene unas uñas de un centímetro próximamente.

Cochinchina. Lo más interesante es el edificio, en el que hay una crestería de loza muy complicada, pues tiene un sin fin de figuras. Por dentro hay plumas, flechas, animales, etc.

Cambodge. Una pagoda, en que está, en el centro, una estatua de Buda y todo rodeado de donativos para los Dioses; en general son cosas usadas por los religiosos.

Campamento javanés. Esto de Java es una de las exposiciones coloniales que tienen más interés. Se compone de una porción de cabañas de bambú de todos tamaños, donde mujeres y hombres hacen las ocupaciones de su país, pintan, tejen, fabrican sombreros de paja, tan finamente hechos como se puede ver en la mejor sombrerería. Lo más interesante es un teatro, en el cual se exhiben varios músicos y cuatro niñas que bailan haciendo grandes contorsiones con las manos; las cuatro van adornadas con joyas verdaderas, una corona de oro y piedras preciosas por el cuerpo.

Transvaal. Animales disecados, semillas, fotografías, plumas, pieles, etc.

El Gabón y El Congo. Compuesto de ciudades en las que viven; las casas son de paja y los habitantes son muy raros, pues su color es negro, pero muy mate.

Argelia. Un bonito pabellón, donde están sus productos y los cuadros de europeos hechos en esa región. Pueden citarse Pouit, Dinet, Leroy, Guillemet, Haret, Mernier y Dagnan.

Panorama. Uno que representa todos los hombres célebres que ahora hay en Francia. Está muy mal pintado, por Castellani.

Con esto termino el resumen de lo principal que he visto en la Exposición.

A. DE B.

CONVERSACIONES PEDAGÓGICAS

EN LA INSTITUCIÓN.

(Continuación) (1).

23.^a 13 de Julio.—Sigue la cuestión respecto á los medios de encontrar los jóvenes, al salir de la Universidad, un trabajo remunerado que baste á su subsistencia.—Difícil compatibilidad del trabajo extraño á la vocación, con la continuación de la cultura personal: la energía que necesita ésta es absorbida por aquel.—Las profesiones y el mercado social.—Algunas (v. g. la filosofía y las ciencias naturales) apenas tienen entre nosotros más remuneración que la del Estado (el profesorado, por ej.).—El comercio puede ofrecer ventajas, pero exige un gran sacrificio de tiempo y trabajo.—Si la industria ofrece mejores condiciones.—La clase media no está preparada para los oficios manuales y los repugna; por eso hay en ella más proletarios.—El hombre del pueblo encuentra más fácilmente en qué trabajar.—La cuestión es ver qué ocupaciones tienen más valor en el mercado.—Las carreras dependientes del Estado son las más buscadas hoy en nuestro país, por la seguridad que ofrecen, á pesar de sus mezquinas dotaciones, en comparación con otros pueblos donde la vida es sin embargo más barata.—Necesidad de organizar la protección á los jóvenes para encontrarles trabajo.—Formación de patronatos con este objeto.—El problema se refiere especialmente á la clase media, en la cual la aspiración á una cultura superior se estrella en la escasez de medios.—Debe tenerse en cuenta, siempre, su falta de educación industrial y el error de no educarla de modo que se dé ocasión á que despierten las vocaciones.—De aquí tantos desengaños en los que siguen una carrera sin saber lo que es,

ni si les gusta.—El ideal es que no haya más que una actividad profesional (la de vocación) y que esa dé lo bastante para la vida.—La juventud en los Estados-Unidos: á los 20 años todos quieren ya ser independientes de sus padres, en punto á la subsistencia.—En España sucede todo lo contrario.—El problema actual ¿ha de resolverse en cada caso especial y concreto, ó permite formular remedios generales?—Lo único que puede hacerse con este carácter, es llamar la atención sobre el problema.—Hay que buscar, también, un trabajo cuyo medio no reobre contra la cultura de los muchachos.—Defectos de la educación en este sentido.—¿Se puede recurrir á oficios privados? Los normalistas pobres de los Estados-Unidos se contratan de mozos de fonda durante las vacaciones.—Empleo como tipógrafos, etc. á ciertas horas: los alumnos de farmacia, son, muchas veces, practicantes.—Falta de vocación con que se emprenden hoy las llamadas carreras liberales.—Se las toma solo como medio de ganarse la vida, que es justamente lo que no producen.—Excepciones: la medicina, la abogacía, algunas ramas de la ingeniería; la lucha actual por la existencia en las otras profesiones, por el extraordinario número de aspirantes á ejercerlas.

(Continuará.)

NOTICIA.

LA INSTITUCIÓN ha recibido del señor D. Jorje Girod el interesante donativo de una reproducción del primer reloj que se construyó en la Selva negra por un campesino en 1640.

LIBROS RECIBIDOS.

Memoria leida en la solemne apertura de la Escuela de Artes y Oficios de San Sebastián.—San Sebastián, imprenta de la Unión Liberal, 1889.—Don. de la Escuela.

Memoria de la Secretaría de Guerra y Marina.—San José, Costa Rica, tipografía nacional, 1889.—Don. del Gobierno.

Memoria de la Secretaría de Instrucción pública.—San José, Costa Rica, tipografía nacional, 1889.—Don. de id.

Memoria de la Secretaría de Relaciones exteriores y Carteras anejas.—San José, Costa Rica, tipografía nacional, 1889.—Don. de id.

Aparicio Vázquez (D. José).—*El nuevo Código civil al alcance de todos.*—Ronda, imprenta de *El Tajo*, 1889.—Don. de la Biblioteca andaluza.

Labra (D. Rafael M. de).—*Portugal contemporáneo.*—Madrid, T. Minuesa, 1889.—Don. de idem.

(1) Véase el número anterior del BOLETÍN.